

un objeto sin interes, seca, insípida, uniforme y monótona. Como apénas la conocen, no pueden estar siempre atentos á una sola cosa, y así la vida espiritual va cayendo en descrédito para semejantes sujetos. Es verdad que existe un estado de contemplacion muy alto y sublime, cuya perfeccion consiste en mantener el alma fijas todas sus potencias únicamente en Dios; pero estas no son cosas para toda clase de personas: porque nosotros, tales como somos, necesitamos de todo el interes que la variedad y hermosura dan á la devocion, y aún así, todavía vamos como á remolque. Cuanto más interesantes y variadas sean; pues, nuestras nociones religiosas, tanto más fácil nos será arrojar del corazon el espíritu del mundo, y prendarnos del encanto por los intereses de Jesus.

¡Qué consolacion no se encuentra en estas riquezas de nuestra pobreza, cuando la tristeza nos abate, y la tentacion nos acosa, y los hombres nos persiguen, y las imperfecciones de nuestras buenas obras nos angustian, y el fastidio del mundo y de la vida acongojan y despedazan nuestro corazon! Por grande que sea nuestra afliccion y abatimiento, no deseamos ninguna otra cosa, sino que Dios sea amado de todos y que goce Jesus de los derechos que le pertenecen. Y así, aunque fatigados del trabajo y abatidos con los desengaños; cuando la noche tienda su negro manto, llevando consigo el espanto á nuestro corazon; cuando la tempestad ruja sobre nuestras cabezas

y suspiremos por vernos libres de tanta agustia, el alma entónces puede disfrutar de toda la independencia de un soberano, recorriendo este ilimitado imperio de Dios, de Jesus y María, Angeles, Santos, hombres y criaturas todas, regocijándose en ese sacrificio perpetuo de alabanza que se eleva hasta el trono de la Majestad augusta de nuestro amoroso Padre y eterno Dios, desde todos los ángulos y rincones de la creacion.

## CAPÍTULO VI.

### MONEDA ACUÑADA.

Dios es causa de todo.—Las *columnas* de la Iglesia.—Naturaleza y gracia.—Ofrecimiento de nuestras acciones en union con las de Jesucristo.—Moneda acuñada.—Espíritu de oblacion:—1.º Oblacion de nuestras acciones ordinarias.—Varios métodos y prácticas de oblacion.—Diferencia entre los escritores canonizados y no canonizados.—Oblaciones de Santa Gertrúdis.—2.º Oblacion de las recreaciones.—Avisos á los valetudinarios.—Juego de ajedrez de San Carlos.—Arca de Noé.—3.º Oblacion de la soledad.—4.º Elevacion á Dios por la contemplacion de las criaturas.—Ejemplos y prácticas.—Tres métodos de oracion de Pedro Fabre.—Variedad de devociones mentales.—Oracion vocal.—La devocion seca no es sólida.—5.º Oracion jaculatoria.—El Padre Baker.—Cómo se ha de rezar el Oficio divino.—6.º Oblacion de los sufrimientos.—Excelencia del altísimo privilegio que se nos otorga de agradar á Dios.—Dios mendigando gloria de sus propias criaturas.

### SECCION I.

#### *Vanidad de la ciencia humana.*

Dios es la causa primera, y quien da valor á todas las cosas. Así como todo viene de Dios, así todo debe volver á Dios; por eso hasta la criatura rebelde que

rehusa reposar en los brazos de su amor, preciso es que caiga en las manos de su justicia. Ningun objeto tiene valor, á ménos que Dios no se digne otorgársele; y las inteligencias ilustradas y los corazones amantes no pueden mirar las cosas á no ser bajo las relaciones, verdaderas ó falsas, que guardan con el Todopoderoso, pues no hay más que un solo verdadero punto de vista de los objetos, el punto de vista divino. Cualquiera diría, y al parecer no sin razon, que no vale la pena ocuparse en cosas tan claras; pero desgraciadamente hasta entre los católicos existen no pocos que encuentran dificultad en comprender semejantes verdades y en obrar conforme á ellas, una vez comprendidas y aceptadas. Muchos llegan á escandalizarse al ver las señales exteriores de olvido de Dios, que tan naturales son en un país dominado por la herejía, mirando, no obstante, con indiferencia esa conducta suya en no permitir, respecto á sus propios negocios, que goce Dios de sus derechos. Observad si nó la manera de obrar de aquellos católicos que están afiliados á un partido político, ó incorporados á un instituto científico ó sociedad aristocrática, y veréis en ellos un proceder que, implícitamente al ménos, supone que posee Dios con justicia el puesto que le corresponde; mas que es preciso tenga sus límites, y que introducirle y guardarle las debidas consideraciones religiosas en determinadas discusiones, acciones é intereses, es una impertinencia, una pobreza

de espíritu, ó á lo ménos una idiosincrasia que se tolera con cierto desenfado. No pocos, con la mejor buena fe, caen en semejante lazo, y llegan á imaginarse, que adulando al mundo y sus máximas van á promover de un modo asombroso la gloria de Dios y prosperidad de su Iglesia. ¡ Ah! ¡ dia vendrá en que abran sus ojos, y vean con cierto estupor, que miéntras su devocion fué tibia, distraidas sus oraciones, su piedad puramente exterior y los principios de su religion puestos insensiblemente á nivel de cuanto les rodeaba, no ganaron una sola alma para Dios, ni hicieron crecer en ningun rincon del mundo un pequeño grado el amor de nuestro Señor! ¡ Cuántos no existen que gozan de una alta reputacion y son tenidos como verdaderas columnas de la Iglesia, no porque sean hombres de acrisolada virtud é iniciados en los secretos divinos, sino porque desempeñan un papel importante en el mundo y representan las clases mas influyentes de la sociedad, alcanzando su prudencia de carne aparentemente felices resultados! Pero ¿qué es lo que alcanza? ¿ Ama alguno más á Jesus? ¿ sálvase, acaso, una sola alma? ¡ Oh, nó! solo precisar al Ministerio actual á dejar caer de sus labios una palabra benévola en favor del Papa, ó bien á que un miembro neutral haga en el Congreso una pregunta sobre un asunto de escasa importancia: pregunta que fué oida, publicada luégo en el *Diario de Sesiones*, y que vino despues á reducirse á la nada.—«Mas se lo-

gró al ménos evitar una falta de respeto!»—¡Bien!  
¡muy bien! ¡Gracias sean dadas á Dios, y gracias  
asimismo á esos benévolos patronos suyos! Pero es el  
caso, que á veces se nos debe algo más que respeto;  
así como es igualmente posible que Dios exija tam-  
bien algo más que una mera proteccion. Examinemos  
pues, detenidamente nuestra prudencia, que como  
sea sobrenatural, poseerémos, á no dudar, una joya  
preciosa, mas no si es mundana. En la época y país  
en que vivimos menester es que el hombre adquiera  
un clarísimo conocimiento de Dios; de otra suerte,  
persuádase uno, que por mas vueltas que lo dé, no  
logrará tributarle las consideraciones que se merece.

Dícese con demasiada frecuencia, que si supiése-  
mos siempre lo que Dios desea de nosotros, semejante  
conocimiento nos ayudaría grandemente á servirle,  
y no nos declararíamos entónces en abierta rebelion  
contra su expresa voluntad; pero siquiera en la prác-  
tica ¿no conocemos la voluntad de Dios acerca de la  
mayor parte de nuestras acciones? y en todas ellas,  
aunque no sepamos particularmente lo que quiere que  
hagamos, ¿no conocemos el motivo por el cual desea  
que obremos? *Ya comais, así nos habla, ya bebais,  
ya, hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á la ma-  
yor gloria de Dios;* y San Juan dice que Dios es cari-  
dad. En todo el complicado é ingeniosísimo sistema  
en que vivimos, Dios ha ordenado las cosas de una  
manera maravillosa para estos dos fines, ó más bien

uno solo. Primeramente, lo dispuso todo, para que  
pueda ser amado de sus criaturas: segundo, para pre-  
pararnos á que le amemos; hé aquí el fin que se pro-  
pone el Altísimo en todas las cosas, y á la consecucion  
de semejante fin ordena los artificios infinitos de su  
omnipotencia: los corazones de los hombres, criaturas  
suyas, son los únicos tesoros de todas las obras de sus  
manos que tiene Dios la dignacion de aceptar.

Nótese bier, que no fueron criados los Angeles ni  
los hombres en estado de pura naturaleza, sino en el  
de la gracia, y no por otro objeto sino para que pu-  
diesen amar á Dios y merecer la vida eterna, la cual  
consiste en la compañía perdurable con el Criador.  
Para amar á Dios, la gracia era una disposicion más  
conveniente que la naturaleza; pues por medio de  
este don celestial podía el Señor unirse á nosotros so-  
brenaturalmente; y por la gracia, á la vez que ganaba  
más amor de los hombres, nos hacía más capaces de  
amarle. Llega luégo la época de la redencion, y des-  
cúbrese visiblemente el mismo fin. Pudo el Eterno  
haber perdonado la culpa sin la Encarnacion; pero  
este inefable misterio era el medio más amoroso, y  
que más dulcemente debía movernos á amar á nues-  
tro Padre celestial. Cuando vino el Señor á la tierra,  
una sola lágrima suya bastaba para redimir innume-  
rables mundos que hubiese habido; pero la sangre era  
más amorosa. Una gota de esta sangre purísima era  
suficiente; pero derramar toda la de sus venas, y

derramaría sucesivamente, es decir, en el huerto, en la columna, en el camino del Calvario y sobre el árbol de la Cruz, era un mediomás amoroso y eficaz para ganar nuestro amor. Después que Jesús subió á los cielos, las gracias comunes hubieran bastado para que la obra de la redención continuase produciendo sus maravillosos efectos á través de los siglos; pero era un mediomás amoroso, más personal y más á propósito para ganar nuestros afectos, que viviese Jesús con nosotros invisiblemente en el inefable misterio del Santísimo Sacramento. Podíamos haber sido asimismo eternamente dichosos, gozando de una inmortalidad impecable en un mundo rico en belleza y hermosura; pero eran sus delicias habitar con los hijos de los hombres acá en la tierra, para que luego viviésemos en su compañía por toda la eternidad en el cielo; y que ninguna otra cosa sino su propia naturaleza divina constituyese en esta mansión la felicidad perdurable de sus criaturas. El amor es, pues, el único móvil en todos los actos de nuestro Padre celestial; suspira por ganar nuestro amor y arréglase con nosotros de tal suerte, que sólo amándole, es como podemos llegar á ser dichosos; y después que ve con ojos compasivos nuestros ardientes deseos de amarle más y más cada día, ordena todo cuanto le permitimos hacer, para disponernos á que le amemos con mayor fervor y ternura. Así, pues, todo es amor desde el principio hasta el fin: no hay ninguna otra medida, ningun otro principio

¡Ojalá tuviésemos suficiente capacidad para comprender estas finezas del divino amor y todo lo que en sí envuelven! Si nos fuese dado usar de pesos y medidas con la bondad infinita de Dios, seguramente su amor hacia nosotros sería la medida de nuestro amor para con Él: medida á que es preciso estar aspirando sin cesar, aunque jamás lleguemos á llenarla. Es cierto que el simple pensamiento y nombre de Dios no conmueven, ni encienden, ni deshacen luego al punto nuestros corazones; mas la reflexión al ménos debe convencernos de que toda la religión es un puro amor, y que sin algun amor nunca llegáremos á conseguir ver un día á Dios. Hé aquí por qué el Señor ocupa el lugar más bajo en su propio mundo; por qué se digna suplicarnos, cuando nosotros debíamos esperar que nos escuchase, y por qué, en fin, se pone, digámoslo así, á nuestras órdenes aquél que nos ha criado de la nada y de quien únicamente procede todo lo bueno que existe. Enamórase de nosotros el Eterno, permítaseme la expresión, hace mil caricias á nuestra alma y está tan ciegamente prendado de ella, que ninguna grosería de nuestra parte basta á separarle de nuestro lado: vésele continuamente cediendo en sus atribuciones, enajenándose de sus derechos y colocándose en lugar nuestro para que nosotros ocupemos el suyo. La Encarnación es en sí misma una viva imágen de la conducta del Hacedor hacia sus indignas criaturas, y el misterio del Santí-

simo Sacramento hállase en perfecta armonía con el proceder y manera de obrar del Omnipotente para con su propio mundo; y ¡nosotros ¡ay! perseveramos todavía en la insensibilidad de siempre, y somos tan duros, frios y perversos como de costumbre! ¡No parece sino que va á reportarnos una honra muy alta el hacer gala de nuestro libre albedrio, para que, mientras Dios se ocupa en ordenarlo todo por ganar nuestro amor, nos demos trazas de ver, cómo á pesar suyo, hacemos de la religion en cuanto está de nuestra parte una especie de contrato de compra-venta, ó la obediencia forzada de un reo convicto! Antes de llegar á conocer nuestro propio corazon pudo el infierno habernos parecido una severidad; pero un pequeño conocimiento de nosotros mismos descúbrenos claramente, que semejante mansion es una de las más señaladas misericordias divinas, por ser la más indispensable.

No sin razon recorría San Francisco los bosques de Spoleto, exclamando: «¡Ay! ¡Dios no es conocido ni amado de sus criaturas!» Con igual motivo hacia San Bruno resonar en los montes solitarios el eco de su voz: «¡Oh bondad! ¡bondad! ¡bondad!» Bien podía asimismo aparecerse nuestro Señor amoroso á Santa Gertrúdis, pálido, cansado, desangrado, cubierto de lodo, y decirla: «Ábreme tu corazon, hija mia, porque necesito penetrar en él para descansar: estoy sumamente fatigado de estos dias de pecado.»

## SECCION II.

### *Consideraciones devotas acerca de la doctrina de la intencion.*

Pero al fin, como lleguemos á crecer en el conocimiento de Dios, crecerémos igualmente en su amor. Nosotros al cabo sentimos cierta pena y angustia por no amar más á nuestro Dios adorable, y porque tampoco le aman los demas. Aquí el Señor está asimismo pronto á salir á nuestro encuentro. Ya dije en el capítulo pasado, que se valia para ello especialmente de dos medios: Primero, dándonos todo cuanto posee, y permitiéndonos que se lo ofrezcamos, como si fuese propio nuestro: estas son las riquezas de nuestra pobreza de que entónces nos ocupamos. Segundo, engrandeciendo nuestras ruines acciones, otorgándolas un inmenso valor por su union con las suyas, y disponiéndonos á ejecutarlas por motivos sobrenaturales y en union con su misma persona: tal es el último medio de que podemos valernos para amar á Dios más dignamente, y del cual vamos ahora á tratar. Meditarémos acerca del tesoro de nuestras acciones ordinarias y devocion católica de ofrecérselas constantemente á Dios junto con las acciones de Jesus, y esta es la segunda manera con que Dios viene misericordiosamente en socorro de nuestra propia ruindad

y miseria. No hay una sola cosa de cuantas ejecutamos durante nuestra vida mortal, con la cual no podamos facilísimamente promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; y no importa que el mundo haya impreso en ella su sello, ni que sea al parecer un negocio puramente temporal ó pertenezca exclusivamente á la mísera condición de la vida humana; desde el momento mismo en que se practica por motivos sobrenaturales, semejante acción rebosa gloria divina, y cámbiase en preciosa joya de infinito valor, hacia la cual tiene la soberana Majestad del Altísimo la dignación de mostrarse sumamente complacido. Las horas se suceden unas á otras sin ninguna interrupción, abundando todas ellas en acciones propias de nuestro estado y profesión. Cuando escribimos, leemos, contamos, compramos, vendemos, pensamos, hablamos ó sufrimos, podemos, si así nos place, estar á la vez acuñando moneda, moneda celestial con que merecer la vida eterna; y para conferir semejante valor á cada una de las acciones que ejecutamos, sólo es necesario el acto ó intención de la oblación, la cual une nuestras acciones á las acciones de Dios hecho hombre.

Esta devoción de estar sin cesar celebrando Misa, por decirlo así, es una devoción exclusivamente católica: práctica, que á no dudarlo, ha de chocar á los convertidos tanto como cualquiera otra de las devociones de la Iglesia. Quéjense no pocas veces las per-

sonas piadosas de las distracciones que les ocasionan sus ocupaciones mundanas, é imagínense que el honrar á Dios con un culto no interrumpido es asunto peculiar del cielo; es decir, se quejan de que la tierra no sea un verdadero cielo, á pesar de que la diferencia, bajo este respecto al ménos, entre ambas mansiones, no parece que es tan grande. Como nuestro servicio sea un servicio de amor, cada una de esas pretendidas distracciones será indudablemente una oblación muy preciosa á los divinos ojos: en nuestra mano está, en efecto, cambiar todas nuestras acciones en una hostia é incienso, en cántico y sacrificio perpetuo. Ahora bien; si tenemos una grande estimación por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas; si suspiramos por emplearnos constantemente en promover semejantes objetos, preciso es que nos aprovechemos de este rico tesoro de nuestras acciones ordinarias.

Ya llevo indicado que el espíritu de oblación es esencialmente católico. Trae su origen de doctrina de la Misa, que es la fuente y centro de toda verdadera devoción, y pertenece á una religión de sacrificio, tal como el Evangelio nos le ofrece en cada una de sus páginas: nuestro amoroso Señor se dignó redimirnos con la oblación y sacrificio de sí mismo; y hé aquí por qué la oblación y sacrificio son, digámoslo así, el alma de nuestra religión. No es maravilla, pues, que den forma y proporciones, espíritu y

expresion á las devociones católicas: esto es demasiado notorio á todo el mundo, para que sea necesario detenerse en ello. Pero si deseo que observeis, que aquí tambien se descubre el mismo designio por el amor, el mismo dulce espíritu paternal que Dios tiene la dignacion de manifestarnos por doquiera. Parecía que la oracion era el privilegio más excelente que la infinita compasion divina podía concebir, y que la criatura lo reputaria todo por nada, comparado con el privilegio incomparable de hacer saber al Criador misericordioso sus necesidades y miserias: pero la oblacion sobrepuja á la oracion. En la oracion somos nosotros quienes recibimos de Dios; mas en la oblacion es Él quien se digna recibir, y nosotros quienes tenemos el alto honor de darle: el ofrecer presentes es no sólo señal de amor, sino una especie de igualdad; y hé aquí por qué de la oblacion nace una familiaridad para con Dios más dulce, tierna y afectuosa que aquella que resulta de la simple oracion: la libertad infantil de los Santos procede principalmente de este espíritu de oblacion.

### SECCION III.

#### *Prácticas de los Santos.*

1.º Veamos ahora cuáles han sido las prácticas de los Santos relativas á la oblacion de sus propias acciones diarias. Pero preciso es que recordemos que la

situacion que ocupamos en la vida es la siguiente. Siempre estamos suspirando por la gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas; delante de nosotros tenemos una suma considerable de obras por hacer, poco tiempo para ejecutarlas y escasos medios para llevarlas á cabo; tenemos que ser avaros de todo cuanto poseemos, ávidos de gracia y codiciosos de los frutos que la gracia puede producir por su propia virtud. Pues que estamos trabajando por nuestro amoroso Señor, trabajemos con ardor y perseverancia, ejecutando todas nuestras acciones con atencion devota, ofreciéndolas á Jesus en union con alguna semejante que Él se dignase obrar, mientras vivió sobre la tierra, y así es como dichas acciones se cambiarán en un suave sacrificio de inmensa eficacia delante de Dios. ¿Qué avaro habrá que no quisiese, á serle posible, estar incensantemente acuñando moneda durante todas las horas del dia? Pues esta es cabalmente la ocupacion en que podemos emplearnos, ayudados del inefable misterio de la Encarnacion, de la manera más real y efectiva para la consecucion de la vida eterna.

Dice Santo Tomás que es meritoria la obra de un justo en proporcion á la excelencia del motivo en virtud del cual la ejecuta; y que así como el amor llamado de benevolencia es más excelente que otro cualquiera, así son más meritorias que todas las demás las obras que se ejecutan por semejante motivo. Enseña